

Coincidencia o destino

Recuerdo la primera vez que me encontré con Nidia. Fue en un parque, al que yo había llegado dando un paseo. Ella estaba jugando sola, haciendo castillos y casas en el arenal, mientras sus padres hablaban en un banco algo alejado. Entonces me vio. Solo tenía cinco años, pero ya era una chica muy resuelta. Se acercó a mí y me dijo:

-Tenemos los ojos iguales.

Fue en ese momento en el que comenzó nuestra amistad. Yo la miré, agachándome para ponerme a su altura. No me había fijado, pero ella tenía los ojos de un tono azul grisáceo, como el cielo en los momentos previos del amanecer. "Puede ser", le contesté con una sonrisa. Tampoco me había fijado en el color de los míos. Me preguntó por mi nombre, a lo que le respondí que no tenía. Me dijo que me pensaría uno, y se presentó ella. Estuvimos hablando durante algún rato, pero su madre la llamó, mientras su padre intentaba calmar al bebé que llevaban en un cochecito. Me levanté y ella me hizo una última pregunta. "¿Estarás aquí cuando vuelva?". Le dije que si me llamaba yo iría hasta ella. "Pero para eso te hace falta un nombre". Esta vez su padre también la avisó y no tuvo más remedio que volver con ellos. Yo me quedé un rato más, observando como salían del parque. Pese a estar alejados de la zona de juegos, donde los demás niños se divertían, los padres de Nidia no me habían visto. No me sobresalté, aunque tampoco lo hubiera hecho si al mirar hacia su hija, no la hubieran visto sola. Los adultos que nos pueden ver frecuentemente nos perciben como simples sombras.

Un par de días después, sentí que Nidia me llamaba, así que fui a su casa. La encontré sentada en su cama, sujetando una jirafa de peluche, pensativa. Juguetecía con una de sus orejas, mientras miraba el suelo. De la cocina provenía un aroma intenso que no supe identificar.

- Aún no sé qué nombre ponerte.

- No importa. No me hace falta. De donde vengo muy pocos tienen nombre, pero todos ellos significan algo. Nos dan valor. Para mí es mejor no tener nombre a tener uno mal pensado.

Nidia me miró, sus ojos brillando de curiosidad.

-¿Y de dónde vienes?

Era la primera vez que un niño me preguntaba. Normalmente me limitaba a escuchar, y eran ellos los que me contaban cosas. De vez en cuando, les aconsejaba, pero no solían preocuparse por qué hacía yo cuando no estaba con ellos. Nidia lo hizo. Y le conté de donde venía. De un mundo distinto, imposible de encontrar para los que no residen allí. En ese lugar habitan todas las criaturas que aparecen en tus sueños, pero también las que aparecen en tus pesadillas. También vivimos nosotros, le dije. Somos cambiantes, seres que no poseen forma excepto la que le dan las personas que logran verlas. Le expliqué que solamente ella podía verme tal y como me veía, y que una vez nos han elegido nadie más puede distinguimos.

- Aquí, en tu mundo, las personas mayores suelen llamarnos amigos imaginarios a los que acompañamos a los niños que nos eligen, cada vez requieren algo.

-Pero yo no te he elegido, ¿por qué estás aquí?

-Tal vez me hayas elegido sin darte cuenta, o tal vez no. Lo que importa es que estaré si me necesitas.

Le seguí hablando del lugar del que provenía, de las ciudades y lugares mágicos que podía encontrarse si se aventuraba a través de espesos bosques, áridos desiertos e imponentes montañas de hielo. Como siempre, fue ella la que tuvo que irse primero, y me limité a volver a casa, en espera de que Nidia me necesitara otra vez.

Tiempo después, una noche fría, me volvió a llamar. Me contó que había tenido una pesadilla. Tenía casi ocho años, y pese a ser una niña que no se asustaba fácilmente, seguía siendo una niña. Por aquel entonces ella ya me hablaba de su vida igual que lo hicieron antes otros niños, pero también seguía interesándose por mí y lo que era de mi mundo.

-Si vivís con los monstruos que salen en las pesadillas, ¿por qué no les prohibís que vengan? Solamente nos asustan.

- No podemos. Las criaturas que aparecen en los malos sueños no son malvadas, por muy horribles y dañinas que puedan parecer. Simplemente les ha tocado un trabajo difícil, y que no ayuda a su reputación, pero alguien tiene que hacerlo. Conozco a muchas criaturas de las pesadillas, y aunque bien es cierto que algunas son más amables que otras, no significa que sean malignas. Pasa igual que con los humanos.

"Las pesadillas tienen su motivo de ser" le expliqué. "Enfrentarse a sus monstruos y a los miedos te prepara, inconscientemente, para la vida real, aunque esos monstruos no parezcan tan obvios cuando te los cruzas fuera del mundo de los sueños"

Continué hablándole de otras cosas para tranquilizarla, mientras le deshacía nudos de su pelo rizado, hasta que se quedó dormida de nuevo.

Seguimos siendo amigos años después, y luego comenzó a olvidarme. Al crecer y hacerse más independientes cada vez nos necesitan menos, hasta que ya casi no nos recuerdan. Nidia creció, como todos los niños, y empezó a estar demasiado ocupada. No tenía ni tiempo, ni espacio en su mente para pensar en mí, pero no me dolió. Ya estaba acostumbrado, y al igual que las criaturas de las pesadillas, este era mi motivo de ser. Sencillamente me retiré a mi hogar, como otras tantas veces había hecho, pero esta vez sería por mucho más tiempo, hasta que alguien me necesitara.

El otro día estaba paseando por el mismo parque en el que nos conocimos, recordando. A diferencia de los humanos, nosotros nunca olvidamos. Ahora ya sería una mujer, con una vida propia y objetivos que cumplir. Pero una niña pequeña interrumpió mis pensamientos. Sus padres estaban en un bar cercano, pidiendo comida a la vez que ella iba a jugar, pero se cruzó conmigo. Estuvimos hablando durante un rato, y luego su madre la llamó. Ella gritó que ya iba, y acto seguido me dijo adiós para correr hacia sus padres y el almuerzo que la esperaba. Al alzarme para irme me tropecé con una mirada inquisitiva, nítida y azul como las primeras horas de la mañana. Unos ojos azules, que me sonrieron en la lejanía.

(Coincidencia o destino)